

Los Templarios

Por Doroteo Palomo Ciruelos

Hace ya unos cuantos años, concretamente en el 1987, escribía un artículo en el Programa de Fiestas de ese año que titulaba: "¿Han regresado los Templarios a su castillo de Montalbán?" Esto lo decía a raíz de una conversación que tuve con un amigo, que por entonces se dedicaba y aún hoy se dedica, ahora profesionalmente, al estudio de las aves rapaces.

En la Semana Santa de ese año, se encontraban acampados en las inmediaciones del castillo de Montalbán unos ecologistas amigos suyos, con los que todos los días, durante las vacaciones de Semana Santa, departía desde muy tempranas horas sobre asuntos relacionados con la ecología y en concreto de la zona y el paraje del Castillo de la que él era, y es, un gran conocedor.

Al llegar el Viernes Santo a las siete de la mañana, hora que había convenido con sus amigos acampados, observó, no sin cierta extrañeza, que estos aún no se habían levantado. Cuando salieron de sus tiendas, se disculparon diciéndole que que estaban muertos de sueño, porque la noche anterior no habían podido pegar ojo. Contándole el por qué de su sueño:

El día anterior a los hechos, mi amigo les indicó los lugares estratégicos donde podían situarse para escuchar el "alular" de las rapaces nocturnas. Insinuación que nuestros amigos siguieron fielmente, situándose en diferentes partes del Castillo. Pero uno de ellos, además de escuchar el lúgubre canto del "cárabo", oyó unos sonidos no habituales en aquel lugar y a esas horas, por lo que decidió salir de su escondite para cerciorarse mejor de lo que ocurría. A punto estuvo de helársele la sangre en las venas. Tuvo que frotarse repetidamente los ojos para demostrarse así mismo que no estaba soñando...Porque, en el centro



de la plaza de armas del Castillo, había seis figuras que entonaban cantos litúrgicos, que para él resultaban, además de desconocidos, lúgubres. Todos iban vestidos con trajes y capas blancas con una cruz roja en el pecho y en el hombro izquierdo. Llevaban faroles morados y el que iba delante portaba un estandarte el "BEAUCENT" (el estandarte ajedrezado con la cruz alquímica, de ocho puntas, de sangre y luz). Pero lo que más le llamó la atención a nuestro aterrizado observador, fueron las grandes espadas que empuñaban los misteriosos personajes, cuyos acerados filos brillaban a la luz de la luna. Cuando pudo reponerse de tan tremenda impresión, corrió a contar a sus compañeros lo que él había visto y oído y al mismo tiempo hacerles partícipes de su visión, porque creía que era víctima de una tremenda pesadilla. Cuando los demás comprobaron lo que el compañero les había contado, corrieron despavoridos a encerrarse en sus tiendas.

Pero no acabaron aquí las desdichas de los pobres acampados, porque los Templarios, que eran en realidad las figuras que habían contemplado, cuando terminaron sus ritos, sin despojarse aún de sus vestimentas, se dirigieron a la tienda de los acampados para decirles: " No temen, somos personas de carne y hueso como ustedes, somos los CABALLEROS DE LA NUEVA ORDEN DEL TEMPLE que venimos a ocupar, simbólicamente, los lugares y moradas de nuestros antepasados". Acto seguido entregaron a los acampados un documento en el que explicaban, cuáles eran sus caminos y propósitos, quiénes eran los Templarios: sus orígenes, su disolución, el por qué de su condición de monjes y guerreros. El regreso de Nuestro Señor Jesucristo ("*La Parusía*") y por último, MONTALBÁN NUEVO RESURGIR DE NUESTRAS VIDAS.

